

POLÍTICAS ECONÓMICAS SOBRE EL MEDIO NATURAL Y SU EXPLOTACIÓN (SIGLOS XIV-XVI)

Germán Navarro Espinach y Concepción Villanueva Morte (Coords.)



Monografías de la Sociedad
Española de Estudios Medievales

24

Germán Navarro Espinach
Concepción Villanueva Morte
(coords.)

*POLÍTICAS ECONÓMICAS SOBRE EL MEDIO NATURAL
Y SU EXPLOTACIÓN (SIGLOS XIV-XVI)*

MURCIA

2025



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales

Título: *Políticas económicas sobre el medio natural y su explotación (siglos XIV-XVI)*

Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales, 24

Coordinadores:

Germán Navarro Espinach

Concepción Villanueva Morte

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

Los estudios que componen esta monografía han sido evaluados y seleccionados por expertos a través del sistema de pares ciegos.

La edición de este volumen ha sido financiada por el Proyecto RENAP: *Recursos naturales y actividades productivas en los espacios interiores de la Corona de Aragón, siglos XIV-XVI*, subvencionado por MCIN-UEFEDER-AEI (Ref. PID2021-123509NB-I00). También ha contado con subvenciones del programa de ayudas para organización de congresos del Vicerrectorado de Política Científica, y del programa de ayudas a la investigación y transferencia de la investigación del Instituto de Patrimonio y Humanidades de la Universidad de Zaragoza en la convocatoria de 2025.



© De los textos: los autores

© De la edición: Sociedad Española de Estudios Medievales – Pressas de la Universidad de Zaragoza

© Imagen de la portada: Boecio y los campesinos (1491). Biblioteca Nacional de Francia (París), Département des manuscrits, Néerlandais 1, f. 116v). Fuente: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b84511055/f236.image>.

ISBN papel: 979-13-87705-92-3

ISBN digital: 979-13-87705-93-0

Depósito Legal: Z 1774-2025

Diseño e impresión: Compobell, S.L. Murcia

Impreso en España

ÍNDICE

Introducción

Germán Navarro Espinach, Concepción Villanueva Morte	9
--	---

Usos y aprovechamiento forestal del bosque en la frontera Aragón-Valencia durante la Edad Media

Joaquín Aparici Martí.....	19
----------------------------	----

Políticas forestales y sostenibilidad en el País Vasco y Navarra Atlántica entre los siglos XIV y XVI

Álvaro Aragón Ruano.....	39
--------------------------	----

Regadío municipal, poder señorial y memoria colectiva entre los ríos Palancia y Júcar (1550-1570)

Samuel Barney Blanco	63
----------------------------	----

Las tensiones estamentales entre plebeyos e hidalgos por el control de los concejos de realengo en Aragón. Cultura popular, acción política y gestión municipal en la localidad de Báguena (Teruel) en el siglo XVI

Emilio Benedicto Gimeno, David Pardillos Martín	85
---	----

Confines disputados: una aproximación a los problemas de deslinde entre las ciudades de realengo y los enclaves señoriales en la Andalucía bajomedieval

María Antonia Carmona Ruiz	129
----------------------------------	-----

Los frutos de la tierra. Especulación mercantil e intereses institucionales en torno a la producción de frutos secos en el Reino de Granada (ss. XIII-XVI)

Adela Fábregas García.....	145
----------------------------	-----

Los aprovechamientos en dehesas de encinas y alcornoques en La Mancha y Extremadura en el siglo XVI

Francisco Fernández Izquierdo	165
-------------------------------------	-----

Una frontera inexpugnable. La gestión y defensa de los términos de Zaragoza y sus recursos naturales (1440-1515)

Gonzalo Franco Ordovás	205
------------------------------	-----

<i>Economía y política en torno al alumbre a finales de la Edad Media</i> David Igual Luis.....	235
<i>Usos, organización, gestión y limitaciones de los espacios marginales de los entornos acuáticos zaragozanos en el siglo XV</i> David Lacámara Aylón.....	257
<i>El crecimiento de la manufactura como eje de la política económica local. Los ejemplos de Manises, Lliria y Montcada durante el siglo XV</i> Antoni Llibrer Escrig	279
<i>Gestión municipal, abasto público y mercado agrario en Aragón: cámaras y monopolios de venta en el Valle del Matarraña (1558-1632)</i> José Antonio Mateos Royo	297
<i>La industria del cuero en la Zaragoza del siglo XV</i> Germán Navarro Espinach.....	325
<i>Un secolo di organizzazione produttiva della moneta a Napoli (1442-1546)</i> Simonluca Perfetto.....	361
<i>La caza en la región septentrional del Reino de Valencia: usos, costumbres y prácticas durante la Baja Edad Media</i> Vicent Royo Pérez.....	383

EL CRECIMIENTO DE LA MANUFACTURA COMO EJE DE LA POLÍTICA ECONÓMICA LOCAL. LOS EJEMPLOS DE MANISES, LLÍRIA Y MONTCADA DURANTE EL SIGLO XV

Antoni Llibrer Escrig
Universitat de València

1. PLANTEAMIENTO

La expansión progresiva de todo tipo de actividades manufactureras en áreas rurales, en el entorno de pequeñas villas o comunidades campesinas, es un factor que la historiografía evidencia desde hace varias décadas. Más allá de la lana y del textil, sector omnipresente en las fuentes de medios rurales y semiurbanos, todo un conjunto de operaciones de transformación de materias primas va adquiriendo mayor peso económico en estos dominios desde el último tercio del XIV y a medida que avanza el siglo XV (actividades extractivas, producción cerámica, trabajo de pieles, madera o metales). El análisis detallado de todas estas tareas no agrarias, a través de fuentes escritas pero también arqueológicas e iconográficas, muestra una amplia variedad de recursos que convivían con el trabajo de la tierra sin competencia desleal y sin demasiada dificultad. La idea de un mundo campesino en el que estaba presente la pluriactividad, y no sólo en coyunturas de crisis, es cada vez más un argumento que la historiografía postula con determinación (VERNA, 2013: 80-88).

Es cierto que muchas de estas propuestas artesanales nacían por influencia de la demanda urbana, de las necesidades que burgos y ciudades planteaban para hacer frente a la realidad de familias, empresas y ámbitos como la construcción, el comercio, la moda, el ajuar doméstico o las disciplinas artísticas. Sin embargo, la dedicación manufacturera en distritos rurales, planteada desde estas premisas urbanas, no deja de configurar y generar una función económica que implicaba todo tipo de complejos procesos que iban desde la organización y formación de mano de obra, principal y auxiliar, hasta la asunción de capitales, tecnología y gestión, para dar lugar a las necesarias economías de escala que permitían consolidar estas actividades.

La clave ahora es determinar, y ese es el objetivo de esta investigación, si la progresiva presencia de la manufactura rural tendió a condicionar, de forma paulatina, las decisiones económicas que la autoridad feudal implementaba en esos núcleos, en los señoríos, las comunidades y los espacios periurbanos. Es decir, si ese crecimiento de las actividades secundarias, en estrecha relación a la demanda de los mercados urbanos, marcó algunas de las vías y de las estrategias económicas que se siguieron allí a finales de la Edad Media y a inicios del periodo moderno, en el arranque, en la apertura, a formas precapitalistas de producción y explotación del medio natural. Y, en este mismo sentido, trataremos de analizar si es posible hablar de una incipiente política económica local en estas comunidades y pequeñas villas, determinada por la expansión del trabajo artesanal.

Para ello hemos elegido un observatorio plural, contemplando tres entornos y núcleos distintos, pero que comparten la ubicación en área de influencia de la ciudad de Valencia, y cuya presión influye decisivamente en el arranque y la consolidación de ciertos procesos de producción manufacturera. Dos de estos centros –Manises y Montcada– se ubican a escasos diez kilómetros de las murallas de la capital, en la potente comarca de *l'Horta*, de destacado potencial agrícola; el tercer núcleo, la villa de Lliria, es la cabeza de la comarca del Turia, a unos veinte kilómetros de Valencia, pero con amplia presencia de su colectivo mercantil. La elección de tales centros obedece, pues, no sólo a su ubicación, también a la potencia de un destacado sector agrario especulativo y mercantil, cuyo peso económico no va a impedir el asentamiento de las actividades artesanales. Escenarios de agricultura de mercado pero, a su vez, de manufactura.

El planteamiento inicial nos lleva a un punto determinante: cómo en el contexto de demandas expansivas, tanto de bienes de consumo como de inputs industriales, aún teniendo en cuenta las limitaciones y dificultades del sistema (asociadas a la capacidad de encontrar mano de obra adecuada; a la resistencia del mundo agrario, que no siempre permitía el trasvase de recursos hacia otros ámbitos; o la misma rigidez del poder feudal, que podía impedir la aplicación de determinadas respuestas ante nuevas condiciones), la opción por la manufactura rural se fue consolidando, de distintas formas, en la cronología indicada, desde el último tercio del siglo XIV y, sobre todo, a partir de la centuria siguiente.

Por ello es tan importante analizar diversos ejemplos de decisiones económicas que, respondiendo ya a primarias políticas locales, traslucen y dejan entrever nuevas respuestas desde lo artesanal, asociadas al incremento de demandas urbanas y a la articulación de nuevos mercados internos. Esas soluciones, como veremos, intervienen e inciden en la organización de la producción, en el aprovechamiento de recursos, en la formación de la mano de obra, en la gestión de inputs y hasta en la formación misma de empresas de determinada escala y nivel de capitalización.

A su vez, para que el planteamiento historiográfico sea amplio, trataremos estudios de caso referidos a distintos oficios manufactureros o de directa implicación secundaria. Comenzaremos por la actividad alfarera, por la amplia fabricación de diferentes piezas, recipientes y depósitos cerámicos que se elaboraban, por miles, en las alquerías de Manises y la vecina Paterna; la asunción que este sector exigía en capital, mano de obra, recursos y gestión, no siempre se ha destacado, pero fue tal su envergadura que determinó y generó nuevas respuestas económicas.

Más conocidas son las opciones que el desarrollo de la pañería propició en pequeñas villas, tanto en la vertebración de su misma esfera, con la aparición de oficios especializados y empresas específicas (en la pelairía, el tejido o el tintado), pero también en la confluencia de intereses con el sector de la ganadería y con el emprendimiento que ciertos artesanos activaron para unir y coordinar los factores productivos que estaban en juego. La *vila* de Lliria ofrece un ejemplo claro de estos procesos en una comarca, el Camp de Túria, cuya demanda de textiles exigía unos outputs y una propuesta mercantil acorde, generando una incipiente pero apreciable política económica de raíz local y de vocación comarcal.

El ámbito de la construcción, más específicamente el que refería a las actividades extractivas de sillares y otros materiales de la edificación, afectó a la gestión económica del recurso clave, la tierra, en un área estratégica circundante a la capital, en la comarca de *l'Horta*, y en comunidades como Godella, Rocafort o Montcada. Este último centro, aún no estudiado en este aspecto, facilita observar cómo otro condicionante manufacturero, o pseudo-manufacturero, relacionado con el aumento considerable de la demanda de materiales para una obra gótica de la ciudad que crecía sin límite, generó decisiones por parte de la titularidad del señorío, la Orden de Montesa, en un intento de consolidar esa nueva actividad y de reconducir las explotaciones de muchas familias.

2. MANISES Y LA PRODUCCIÓN CERÁMICA

Es bien conocida, y ha sido estudiada con detalle, la vocación cerámica de las alquerías de Manises, Paterna, incluso Quart y Mislata. Esta dedicación alfarera se remonta a su pasado islámico y aglutina una tradición artesanal que aún hoy continúa con éxito en algunas de ellas (COLL, 1998). La consolidación de departamentos arqueológicos municipales nos ha permitido contar con un amplio inventario de tipos, modelos, técnicas e iconografía, además de descubrirnos la envergadura de talleres y hornos (MESQUIDA y otros, 2001; COLL, 2009: 55-110) sin embargo, toda esta riqueza documental no se ha traducido en un mejor conocimiento de la gestión de la producción, de sus agentes, de la misma empresa menestral, y de lo que su multiplicación implicó a nivel socioeconómico en cada villa.

La llegada de los colonos cristianos a estas alquerías de la huerta, a partir del segundo tercio del siglo XIII, supuso no sólo el mantenimiento de esa tradición, además se propició, como ha demostrado el profesor López Elum (LÓPEZ ELUM, 1984 y 1996), una redirección o una adaptación a nuevas demandas, tanto de cerámica de lujo (lozas esmaltadas mediante metales, óxidos, etc.), como de uso ordinario (recipientes específicos para almacenaje doméstico e industrial o para transporte), que sería necesario estudiar con detalle (dada la combinatoria presencia de intereses cristianos para hacer frente a exigentes mercados interiores y exteriores, pero con la utilización de amplia mano de obra islámica).

A partir del primer tercio del siglo XIV, los estudios generales de cultura material en Europa occidental evidencian que las vajillas de madera, que habían sido de uso común, parecen ya sustituidas por las de cerámica, lo que tenderá, de forma lógica, a establecer cambios en la demanda, y a la configuración de nuevos nichos de mercado que serán aprovechados por los nuevos agentes económicos y sectoriales, llegando a su vez, a configurar centros especializados en la nueva dinámica productiva. Es esto, en buena parte, lo que explica la consolidación, ya en época islámica, de estos centros (Paterna, Manises, Mislata o Quart).

Sin embargo, ya a mediados del Trescientos, otras líneas de trabajo parecen configurarse y asentarse en estas alquerías alfareras de *l'Horta* de Valencia. Un detallado análisis de la oferta de estos centros, posible gracias a la arqueología pero también a las fuentes escritas, nos permite diferenciar diversos modelos de creación manufacturera:

- a. Cerámica común: conocida en la documentación con las expresiones de *obra de terra comuna* u *obra aspra*, y que se centra en la elaboración de todo tipo de vajilla y aparato doméstico, así como también de grandes recipientes de almacenaje para líquidos y áridos, incluso grandes jarras y tinajas de boca ancha para el transporte. Las fuentes escritas son prolijas *en definir toda esta amplia gama de bienes: cànters, grans cànters, gerres, gerres olieres, gerres vinaderes, gerres mareses, gerres d'estibar*, con usos domésticos y/o comerciales. Pero una de las claves de este inventario está en la especialización que generó, dado que los mismos documentos diferencian artesanos expertos en la técnica de algunos de estos tipos (LLIBRER, 2014: 219-221).
- b. La cerámica fina, de lujo y representación (*opus terre picte; opus terre daurati*): elaborada con barnices metálicos, de diferentes coloraciones, incluso con decoración iconográfica específica. Tales obras exigían varias cocciones (entre dos y tres) y materias primas de alto precio (óxido de cobalto, plomo, sílices, etc.). Dentro de esta segunda vía podemos diferenciar hasta tres tipologías productivas: verde morada o verde manganeso, con barnizado de

plomo y estaño para los fondos, y con segunda cocción; la obra de reflejos metálicos o dorados, que necesitaba tres cocciones y empleaba plomo, estaño y sulfuros de cobre y plata; y finalmente, la cerámica azul cobalto, con dos cocciones. Estos tres tipos solían presentar acabado con iconografía de diversos motivos y tonos (MESQUIDA y otros, 2001; COLL, 2009). Pensemos, no obstante, que el modelo de lujo, que esta segunda vía, de origen esencialmente andalusí, no era incompatible con la anterior, aunque los *inputs* de alto valor y la complejidad de sus procesos de acabado, marcaban inversiones y saber técnico que condicionaban mano de obra y empresas.

Conviene no olvidar que los centros alfareros citados fueron, a lo largo de toda la baja Edad Media, pequeñas comunidades que no superaron los doscientos fuegos fiscales (excepto Paterna ya en la década de 1490). En concreto, Manises llegó a los 177 fuegos en esa misma cronología, según lo aporta el censo fiscal de 1493, publicado por Enric Guinot (GUINOT, 1992: 198-202). Esta misma fuente nos permite una sencilla comparativa con las otras alquerías cercanas de Mislata, con 60 familias, y Quart con un centenar. Esta información demográfica básica, a pesar de las reservas que denota la fuente, es lo suficientemente ilustrativa para entender el peso y la función económica que la actividad cerámica tendrá a nivel local.

Decíamos que todas esas vías productivas no eran excluyentes, al contrario, convivían en los mismos centros, y hasta una misma empresa podía elaborar ambos tipos, y participar de las diferentes técnicas. La elevada cantidad de trabajadores presentes en los talleres permitían tales combinatorias. La elasticidad era, como veremos, un elemento transversal al sector cerámico, y una respuesta a las condiciones de un mercado en cambio. Fue precisamente la acción de la autoridad feudal, en Manises y también en Paterna, la que contribuyó a crear este juego de combinatorias productivas, fomentando el segundo tipo de alfarería fina hasta consolidarlo junto al común.

Pero, cómo la cerámica de representación llegó a estar ampliamente presente en pequeñas comunidades como Manises, Paterna, Quart o Mislata, es una cuestión que debe ser abordada atendiendo al contexto y a la citada limitación de estos centros (de no más de un centenar de casas). Su consolidación aquí no es casual, ni se explica simplemente acudiendo a una tradición previa. Las circunstancias que vive la zona tras la conquista, de intensa ocupación y estructuración feudal, están en la raíz de esta producción. Será la acción de la clase feudal, desde la titularidad de los propios señoríos, la que incentivará nuevos modelos importados del reino de Granada. Las fuentes lo confirman con muy distintos testimonios.

Así, estamos en condición de afirmar, siguiendo la documentación, y esto es lo trascendente del análisis, que la acción del poder feudal fue determinante para que la

manufactura cerámica se convirtiera en el eje económico de estas villas, para que llegaran a especializarse en una alfarería plural, lo que sólo fue posible mediante una serie de acciones que se traducen en una básica política económica local.

Un repaso al proceso de feudalización en Manises es el mejor ejemplo para ilustrar tal hipótesis. Tras la conquista por Jaume I en 1237, la alquería es donada a Artal de Luna. A principios del siglo XIV, en 1304, es adquirida por Pere Boïl a Lope Ferrenc de Luna. Boïl, destacado caballero cercano a la corte, llegó a ser Mestre Racional y Mayordomo de Jaume II el Just, lo que le llevó a desarrollar una intensa actividad diplomática, a modo de embajador del monarca, en el reino de Granada. Está documentada su presencia allí en varias ocasiones entre, al menos, 1308 y 1310, y en ciudades como Almería, Algeciras, Guadix, Málaga y Granada (LÓPEZ ELUM, 1984: 55-57). Estas embajadas le permitieron con facilidad no sólo conocer estas tipologías de lujo y esmaltado, también contactar con mercaderes y artesanos. El paso siguiente era así sencillo: aprovechar la tradicional dedicación alfarera de sus vasallos de Manises para implementar las nuevas tecnologías. La documentación apoya dicho argumentario cuando conocemos que ya en 1335 Ramón de Boïl, hijo de Pere, actuaba comerciando todo tipo de mercancías entre Valencia y Granada (LÓPEZ ELUM, 1984: 56).

Avanzado el siglo XIV y a lo largo de todo el siglo XV, incluso en el XVI, pueden encontrarse numerosos testimonios escritos de la intervención directa de los Boïl en la elaboración y el comercio de cerámica: contactaban con importantes mercaderes de Valencia, firmaban contratos de producción anticipada, actuaban como fiadores de los maestros y avalaban sus negocios; concedían libertades y franquicias de circulación y comercio cerámico y arrendaban el diezmo de la *obra de terra* por miles de sueldos al año (OSMA, 1909: 117-167; LLIBRER, 2014: 235-239)¹.

La familia se interesó, desde el principio, por la manufactura, por la promoción de un determinado tipo productivo, y no dejó de intervenir para consolidarlo. Algún autor habla incluso del traslado de artesanos de la zona de Málaga hasta Manises, aunque no hay testimonio documental directo (LÓPEZ ELUM, 1984: 62-66). No obstante, la opción por fabricar esta alfarería, de alta apreciación y demanda en los mercados europeos, fue vista por los Boïl como oportunidad económica de alto rendimiento. Fueron conscientes del nicho de mercado que se abría con esta industria, y en ella centraron buena parte de su acción en el señorío durante muchas décadas. Es lógico que se fuera configurando así una cierta e inicial política económica local para atender esa nueva solicitud.

1 Todavía en 1614, Felip Boïl, señor de Manises en ese momento, aprueba y firma los estatutos de los maestros alfareros de la villa, y se reserva el derecho de nombrar dos de los cuatro oficiales que encabezaban la cofradía (OSMA, 1909: 167-169).

La opción por el fomento de lo industrial incidía sobre una gran cantidad de áreas y recursos autóctonos que sólo la anuencia feudal permitía. En primer lugar, afectaba al medio natural, y esto era especialmente importante en un pequeño señorío, como Manises, con escasos 19 kilómetros cuadrados, y muchos de ellos de rentable huerta. Los puntos para el aprovisionamiento de materia prima de calidad debían ser amplios para facilitar la continuidad de la producción. Comienza aquí, sin duda, una cierta decisión económica, pues sin la connivencia de la autoridad feudal, no se hubiera permitido la explotación, ya desde mediados del siglo XIV, de tres grandes surtidores de arcillas en el término: el *Pla de Quart* (espacio de abastecimiento hasta la actualidad), los terrenos de *Els Cabeços*, documentados ya en 1304 (ubicados en el límite con el término de la vecina Riba-roja, donde aún está la partida de *Terra de cànter*, junto a Montemayor), y los parajes de *Els Terrers*, más cercanos a la población (en la zona del actual barrio de Sant Francesc). (LÓPEZ ELUM, 1984: 48-60; ALGARRA y BERROCAL, 1993: 247-266).

Es cierto que no podemos saber el impacto medioambiental y el impacto sobre el suelo agrícola que suponía una actividad cerámica en aumento, pero el detalle de llegar a establecer hasta tres grandes superficies de abastecimiento, de forma tan temprana, ya indica su amplia necesidad, y la política de redirigir esfuerzos económicos hacia este objetivo.

En segundo lugar, la elaboración de *obra de terra*, fuera de un tipo u otro, de grandes jarras, de azulejos, baldosas o vajilla de lujo, exigía instalaciones amplias y complejas que, sin duda, generaban también un profundo impacto en el entorno rural y en el urbano. Cada maestro, cada empresa o taller, necesitaba diversos espacios y construcciones para el desarrollo completo de la actividad, incluyendo el adecuado almacenaje y empaquetado en las grandes jarras de estibar (que preparaba para el transporte).

A diferencia de lo que ocurre con otras actividades manufactureras, por ejemplo en la pañería (con taller único, que podía aprovechar la propia vivienda de la familia menestral), el trabajo cerámico suponía siempre el uso de varios inmuebles y amplios recintos: el obrador largo con sus diferentes tornos (entre cuatro y cinco según las excavaciones realizadas); extensos patios para decantación de arcillas y secado de piezas; horno u hornos de cocción (con perímetros para combustible abundante); diversos inmuebles para almacenaje de los productos acabados; áreas circundantes, a modo de vertederos, para depositar desechos de cocción y piezas defectuosas. En definitiva, muy distintas dependencias y edificios sin los cuales no era posible mantener una fabricación de miles de piezas de calidad en cortos periodos de tiempo, según muestran los encargos que documentamos en los protocolos notariales (LLIBRER, 2014: 231-240).

Son las propias fuentes las que nos han posibilitado conocer tal compleja infraestructura. En los contratos notariales de compraventa o arrendamiento de estos locales, se especifican los establecimientos citados. Mostraremos ejemplos de un par de protocolos del notario Miquel de Camanyes, redactados en 1403 y 1405, donde hemos podido localizar muchos de estos traspasos: el 24 de julio de 1403, Bernat Alcodorí, *mestre d'obra de terra* vecino de Paterna, vende, por un precio de 850 sueldos, *uns palaus situats en les Oleries Chiques de Paterna, e són tres cases ab tres portals, ab una era e un fornet chich dins lo dit pati continguts*²; en total, cinco construcciones (tres casas, una era y un horno). Pasqual Sanxo Alcodorí, también maestro alfarero de Paterna, era propietario de seis inmuebles industriales: *uns obradors situats en les Oleries Majors de la dita vila, e són cinc cases contigües ab mig forn de coure gerres major, confrontats los dits obradors ab cèquia de Muncada e ab obradors d'en Sanxo Martí, e ab obradors d'en Johan Català, lo mig forn ab altra mitat de forn dels hereus de Pasqual Alcodorí*.³ En mayo de 1405, Çaat Himar Fucey, de Paterna, compra por 2.000 sueldos, *uns palaus e obradors situats en les oleries majors, la mitat de hun forn gran e ab la mitat de la era, situats a les dites oleries*⁴.

Podríamos seguir enumerando testimonios que ofrecen las fuentes notariales (LLIBRER, 2018: 235-244), pero su denominador común es la necesidad de contar varios inmuebles para la efectividad productiva. La clave es entender cómo la multiplicación de empresas artesanales acabó afectando de manera directa al espacio urbano, hasta el punto de configurar barrios enteros, nuevas áreas destinadas a concentrar el trabajo para mejorar la eficiencia y el aprovechamiento de recursos naturales, técnicos y humanos. Así se entiende que se comparta la propiedad y el uso de hornos o patios, y que la documentación hable de *Oleries*, es decir, de auténticos suburbios especializados. Como vemos en los ejemplos citados, Paterna disponía de dos de estos distritos: *Oleries Chiques* y *Oleries Majors*, según la ejecución en la que se especializó cada zona (MESQUIDA, 1995: 235-245; MESQUIDA y otros, 2001).

En Manises, al lado este de la población, extramuros, limitado al norte por la acequia de Quart, al sur por el camino de València (ubicación estratégica para facilitar el comercio con la capital), y al este por el barranco del *Salt de l'Aigua*, surgió su barrio de *Les Oleries*, cuya primera referencia arqueológica es muy temprana, a finales del siglo XIV. Más tarde, se consolidará allí un gran arrabal, el de *Obradors*, que nos dará cuenta de la continuada expansión del sector (COLL y otros, 2013: 127-131).

2 Archivo de Protocolos del Corpus Christi de Valencia (en adelante, APCCV), signatura 19384 (1403-VII-24).

3 APCCV, 19384 (30-I-1403).

4 APCCV, 21234 (1405-V-14).

Lo que trasciende de todos estos casos es que la opción por la industria cerámica en estas villas cambió, de forma radical, el perfil y la trama urbana, y no sólo generando las nuevas barriadas, también ensanches, nuevas vías de comunicación y usos alternativos de acequias, canales y parcelas. Transformaciones posibilitadas gracias a la aprobación y el fomento por parte de la titularidad señorial, que no hacía sino plasmar cierta política económica local para aprovechar la estratégica ubicación de la villa (a escasa distancia de la capital y de su puerto), la tradición alfarera (con una mano de obra ya consolidada), y un nicho de mercado que se asentaba en todo el occidente bajomedieval.

3. EL CRECIMIENTO DE LA PAÑERÍA Y SU RELACIÓN SECTORIAL: EL CASO DE LLÍRIA

A una veintena de kilómetros al interior de la ciudad de Valencia, se situaba la villa de Lliria, centro de la extensa comarca del Turia, y vecina de la propia huerta urbana. De jurisdicción real, perteneciente al patrimonio de la corona desde su misma conquista, se convirtió en enclave estratégico por ser prácticamente el único núcleo cristiano en un conjunto de comarcas montañosas de predominio aún islámico. Fue, por ello, cabeza de una bailía que llegaba hasta Pina y El Toro, núcleos del norte del Palancia (LLIBRER, 2003: 97-109).

Desde el último tercio del siglo XIV, con una población que se movía entre los 300 y 350 fuegos, la localidad se convirtió paulatinamente en un centro manufacturero textil, para nutrir los mercados de la capital pero también de estas villas vecinas en las comarcas del Camp de Túria y Serrans, donde se estaba articulando un nuevo mercado interior de cierta potencia, gracias a centros como Riba-roja, Benaguasil, La Pobla de Vallbona, Villar, Pedralba, Xelva o Alpont (BORDES y LLIBRER, 2007: 239-250).

La documentación nos permite ir descubriendo este proceso de asentamiento de la pañería en Lliria mediante varios fundamentos y recursos. La función económica del sector secundario y de servicios se evidencia por el porcentaje de activos no agrarios, entre el 27 y el 30 por cien, que nos aportan las listas fiscales del morabatí, de las que conservamos series de 1415 a 1427. Un análisis de dos protocolos notariales de Miquel Martínez (1440-1442), nos facilita encontrar hasta setenta efectivos que se dedican a actividades artesanales y mercantiles. De ellos, más de la mitad pertenecen a la pañería: veinte pelaires, siete tejedores y ocho sastres (LLIBRER, 2003: 145-154). Si recordamos que cada pelaire necesitaba una mano de obra auxiliar de entre diez y doce efectivos (para lavado y preparación de la lana, cardado e hilado), podemos confirmar, con más de dos centenares de activos, el peso importante de estas actividades en la economía comunal.

Por otro lado, la presencia en el municipio de diversas instalaciones asociadas nos habla tanto de la importancia del sector, con cierto grupo emprendedor autóctono, como del nivel de calidad de la producción, que exigía el abatanado, tundido y tintado de los paños edetanos. En efecto, ya se documenta la acción de un batán en el interior del municipio en 1388, y hasta tres funcionarán a finales del siglo XV. A su vez, en el primer tercio de esa misma centuria, dos tintorerías y un tirador para extender paños estaban en activo (LLIBRER, 2011: 139-152).

Que Lliria se iba transformando en una pequeña ciudad pañera, lo evidencia igualmente la aparición de ciertos intereses locales y, sobre todo, de una naciente política económica por parte de los grupos que controlaban el gobierno municipal. Y el *input* básico de esta industria, la lana, estará en el centro de dicha estrategia. Es innegable que el abastecimiento regular de la materia prima determinaba los ritmos de elaboración y el éxito de la especialidad textil. Encontraremos, por ello, acciones conducentes a fomentar y primar las explotaciones ganaderas frente a otras actividades. Un pequeño grupo de pelaires y *drapers* edetanos comienza un proceso de adquisición y concentración de importantes cabañas de ganado lanar: desde 1380, los libros de la *Cort del Justícia* nos hablan de grupos de 500, 700 y hasta 1.500 cabezas, cuyos propietarios son denunciados por campesinos del municipio a causa de destrozos, ocupaciones e invasiones en parcelas, sendas y caminos, pero también porque circulaban y pastaban ilegalmente en zonas prohibidas del término más allá del *bovalar* (LLIBRER, 2003: 222-227).

Con el crecimiento de la pañería a lo largo del siglo XV, la presión de los intereses ganadero-artesanales fue tal que, ya a mediados de la centuria, en 1442, encontramos un interesante testimonio de su intensidad, y de cómo se estaba marcando una línea de actuación económica desde la municipalidad. Ese año el clero de Lliria comparece ante el *Consell General* de la villa para denunciar lo que considera un auténtico abuso catastrófico de la élite menestral. Días después, varios miembros del mismo clero acuden al notario Miquel Martínez para que levante acta de la queja que se hizo ante las autoridades de la villa, y disponer así de documento escrito de denuncia para ejercer posteriores acciones legales. Es esta copia notarial la que nos permite conocer sus argumentos.

Los sacerdotes de Lliria hablan no sólo de destrucción de parcelas, lindes, acequias y cultivos por parte de unas cabañas en constante aumento, también de robo y de desaparición definitiva de la huerta del término, tesoro local muy limitado en extensión, pero cuyo rendimiento agrario ha mantenido a la población desde hacía siglos. Refiriéndose a los empresarios ganaderos edetanos, afirman que: *no pensen sinó en destruir e robar los béns de aquell, sens consciència, posant e metent lurs bèsties e bestiars per la orta de la dita vila, pasturant e destruint blats, vinyes, camps, olis e planterals, e derrocant ribaços, bardes e*

*bardiçes [...]. De que es conclou que destroyda la orta de la dita vila és destroyda e dissipada la vila, car grans anys ha que los pobladors de la vila de Liria no han hauda collita alguna dels secans sinó tan solament de la orta, e si no fos per la orta, ja fóra desabitada la dita vila*⁵.

El punto central del conflicto, que desencadenó la airada protesta eclesiástica, fue la decisión, por parte de las autoridades urbanas, de ampliar el boalar y de hacerlo sobre el espacio de una huerta mermada, anteponiendo así los intereses ganadero-artesanales a los estrictamente agrarios. Se habla incluso de autorizar la presencia ganadera en toda la huerta, y de convertir ésta en boalar: *Han dit e cridat que sia fet boalar la orta de la dita vila e que sia desfet lo antic boalar, per veus dels qui regien en lo any propassat, donaren ordre que sobre lo dit feyt se congregàs e s'ajustàs Consell General, lo qual ajustat e congregat, fon concordat a les més veus, per profit e utilitat als pobladors de la dita vila [...]* que per conservació de aquella, fos feta boalar la dita orta, e que-s desffés lo boalar del lloch on antigament era estat fet.

El clero no duda en dirigir su crítica de manera directa a los miembros del concejo, a los que acusan de negligencia al dejarse llevar por evidentes intereses de la elite artesanal: *En çò que los justícia e jurats de la dita vila de Liria e regidors de aquella, per complacència de dos o tres cabanyers de la dita vila, los quals crien lurs corderades en lo dit boalar antich a total destrucció del poble comú de la dita vila, són estats negligents*. Los análisis prosopográficos, que para numerosos maestros y familias locales hemos podido desarrollar, evidencian que los linajes emprendedores eran también los que alcanzaban repetidas veces los cargos municipales, unificando de ese modo sus aspiraciones económicas con la gobernanza civil (LLIBRER, 2003: 145-153).

Los sacerdotes de Lliria inician esta dura campaña no sólo por un interés solidario con los campesinos y con el resto de la población, sino por el recorte que el negocio ganadero supondrá para sus elevadas rentas. El clero edetano era, con diferencia, el mayor propietario directo en todo el extenso término municipal, y especialmente en la huerta. Tenía arrendadas decenas de parcelas a enfiteutas por las que recibía cuantiosos censos que, con el nuevo boalar y con la nueva política pública, podrían reducirse sin remedio.

Lo que estaba aquí en juego, y que Lliria manifiesta con claridad, no es sólo cómo se vehiculaba la relación entre dos sectores en crecimiento —el agrario y el manufacturero— sino cómo cierto grupo rector, con capacidad de emprendimiento, supo aprovechar los resortes que le ofrecían las magistraturas urbanas para po-

5 APCCV, 22.940 (15-12-1442).

ner en marcha una embrionaria política económica que asentara su proyecto empresarial en una pañería que se destacaba imprescindible en los mercados de estas comarcas interiores.

4. MONTCADA Y LA EXPLOTACIÓN DE CANTERAS

Localizada de nuevo en la comarca de l'Horta, a sólo diez kilómetros de Valencia, la pequeña comunidad de Montcada se postuló, a partir de la segunda mitad del Cuatrocientos, como uno de los centros de abastecimiento de piedra para la potente obra gótica de la capital. Las vecinas Godella y Rocafort iniciaron esta función cincuenta o sesenta años antes y sirvieron de modelo para la explotación de canteras naturales (MARSILLA e IZQUIERDO, 2013: 49-67).

A pesar de su diferente jurisdicción (señorío laico para Godella y Rocafort, señorío eclesiástico para Montcada), en las tres poblaciones se decidió idéntica opción económica mediante el fomento de las actividades extractivas y tallado de sillares, aunque es el caso de Montcada el que ofrece mayor complejidad en este proceso al aunar un cambio en la línea de acción feudal sobre el territorio y la labor de las familias locales. Es por ello necesario comenzar por una breve historia del origen del señorío y de la bailía de Montcada.

En 1246, el rey Jaime I ofrece a la orden del Temple una llamativa permuta: las tierras que habían sido del influyente senescal, Pere de Moncada, junto con las vecinas Carpesa y Benifaraig, a cambio de otra área de la huerta, la alquería y torre de Russafa, al sur de la ciudad de Valencia. Sumando las alquerías de Borbotó y Massarrojos, que ya pertenecían a la orden, se acabó configurando la Bailía de Montcada, el señorío de mayor extensión en todas las rentables y estratégicas heredades de l'Horta. Tras la desaparición del Temple, la trayectoria del señorío y de sus alquerías continuó en la nueva organización de Montesa (LLIBRER, 2025: 53-57). Montcada se encuadrará siempre bajo titularidad eclesiástica, a diferencia de los dos casos estudiados anteriormente (Manises, señorío laico, y Lliria, villa real); sin embargo, en los tres lugares observamos una opción por el desarrollo de actividades artesanales en la esfera rural. A nivel demográfico, Montcada era similar a Manises. Contaba con 116 contribuyentes según el morabatí de 1379.

Para entender y explicar cómo en Montcada se fue articulando cierta política económica para dar origen a una actividad manufacturera, hay que partir del conocimiento del medio, del territorio de su señorío, y de cómo los responsables de la orden religiosa gestionaron su ocupación y explotación.

Aunque ubicado en la huerta, una parte del término de Montcada, aproximadamente un tercio del total, al noroeste, en dirección a Bétera, era (y sigue siendo en

la actualidad) área de secano. Es interesante constatar que buena parte de este tramo sin regadío se lo reservó la orden como espacio de gestión propia, como una auténtica «reserva señorial». Es decir, las tierras de este entorno, todavía no fragmentadas en parcelas individuales ya bien entrado el siglo XV, no se habían asignado a colonos ni vecinos de la alquería mediante contratos enfitéuticos, sino que, como parte de la reserva, serían explotadas con trabajo comunitario y obligatorio de los enfiteutas, según se describe en las sucesivas cartas de poblamiento que la orden fue concediendo (LLIBRER, 2025: 62-71). Justo en estos terrenos de secano se iniciará, a mediados del Cuatrocientos, la excavación y aprovechamiento de canteras para extracción de su piedra caliza a modo de material edilicio.

A finales del siglo XVIII, según las observaciones de Antoni Josep Cavanilles, Montcada se había consolidado como uno de los grandes centros valencianos de distribución de sillares. El autor describe algunas de sus famosas y grandes canteras: «Desde Moncada, último lugar de la huerta por aquella banda, hasta dichos montes reina una cantera sin interrupción, cubierta por lo común de cinco pies de tierra [...]. Todas las canteras son calizas, donde se hallan tres suertes de piedras. Una de ellas es de grano grueso, no muy dura. Esta piedra se beneficia para la cal, cuyas canteras abiertas se hallan en la loma de Santa Barbara. En otra, la piedra es firme sonora y parda, de que se fabrican sillares para los edificios de la capital, las canteras de esta naturaleza se hallan entre Moncada y Bétera en el sitio llamado Tos Pelat, llegando en algunas excavaciones a 40 pies, donde forman anchos barrancos y llanuras [...]. La tercera suerte de piedras es un mármol por lo común pardo con marchas más oscuras» (CAVANILLES, 1795: 149).

Los topónimos que referencia el científico valenciano, presentes aún hoy en la localidad, nos posibilitan reconocer cómo las caleras acabaron ocupando buena parte del secano del término, comenzando muy cerca de las murallas del municipio (en Santa Bárbara). El sistema de excavación y explotación fue similar al de la vecina Godella (señorío en manos de mercaderes de Valencia durante el siglo XV), mediante gestión individual o familiar, de forma idéntica a parcelas, con contrato enfitéutico, y cuya extracción llevaban a cabo los propios campesinos. Estos se convertían en agricultores-canteros o *lapicidas*, jugando con la pluriactividad según los ritmos que marcaba la demanda de la capital (LLIBRER, 1996: 61-69).

El arranque de toda esta actividad extractiva en los sucesivos yacimientos moncadenses circulaba en paralelo a la progresiva disminución de aquellos terrenos que, primero el Temple y luego Montesa, se reservaron en el secano, y que iban pasando a manos de familias locales. Parece indudable que ambos procesos están relacionados, pero es básico explicar la conexión.

La reducción o desaparición de las reservas señoriales no era algo nuevo, fue un proceso habitual, y bien documentado, en los siglos XIV y XV. A pesar de la con-

troversia historiográfica que despertó hace treinta años, este cambio se asocia, de forma general, a la crisis estructural del sistema feudal y a la caída de las rentas de la tierra (BOIS, 2001), aunque entendida esta crisis como transformación o mutación del sistema para adaptarse a nuevas realidades que propiciaba la expansión de la economía mercantil, de la nuevas actividades en el marco rural (artesanales y de servicios), y de nuevos sistemas de gestión de las heredades. El caso de Montcada parece circular por esta vía.

Lo interesante aquí es que, mientras se manifiesta la primera explotación pétreas en estas partidas de secano a mediados del siglo XV, el maestre de Montesa va parcelando las tierras de esa misma demarcación, perteneciente, no lo olvidemos, a su reserva, y va cediéndolas a campesinos mediante enfiteusis. La documentación nos ofrece información clara, dado que las partes acuden al notario para certificar los títulos. Las cifras resultan enormemente llamativas: justo en 1449, en un único protocolo del notario Francesc d'Eroles, descubrimos hasta una veintena de establecimientos enfiteúticos, todos en esta banda de secano, y firmados en un breve periodo de dos meses⁶.

Además, los lotes resultan ser de gran tamaño, de una media de 14,04 hanegadas valencianas (2,34 cahizadas, esto es, superiores siempre a la hectárea), extensión que duplica a las de regadío, que se fijaban en unas 6,71 hanegadas (LLIBRER, 2025: 67-72). En sus descripciones aparecen detalles del medio físico que revelan las futuras canteras: lindan con la montaña (*cum muntanea*), la rambla (*cum rambula*), eriales o baldíos (*botjar*). Estos datos son fundamentales porque la única «montaña» en el término de Montcada es el Tos Pelat (topónimo citado por Cavanilles, y donde se concentran la mayoría de pedregales); y a su vez, la rambla en esta zona de secano es la que aún circunda esa misma colina por el sur.

La política de los de Montesa era parcelar los terrenos de secano de su antigua reserva para establecer en ellas a familias campesinas con censos muy bajos (de sólo 14 dineros por cahizada), pero que pondrán en funcionamiento su cultivo o que excavarán canteras. La renta que la orden asignó a estos lotes era muy inferior a las parcelas de la huerta, por las que se abonaban censos de entre 11 y 7 sueldos. No obstante, la cesión de estas nuevas tierras aporta a la titularidad otros beneficios: entienden que es la mejor forma, no sólo de lanzarlas al cultivo, sino también de propiciar la explotación individual de los yacimientos pétreos y el nuevo negocio que se deriva de ello.

No hemos localizado estos documentos en otros protocolos anteriores, su aplicación es muy coyuntural a mediados del Cuatrocientos. Es otro de los factores

6 APCCV, 27203, notario Francesc d'Eroles.

que indican que no es casual la coincidencia de los dos procesos citados: inicio de la explotación edilicia y firma de los contratos enfitéuticos en estas partidas. Lógicamente en estos registros no se citan aún las caleras porque, en su mayoría, no han iniciado la explotación, pero el proceso de puesta en marcha de la nueva actividad se acredita con las características de los lotes, sus lindes, el entorno físico. A su vez, el mismo sistema de explotación de las canteras, de forma individual por los campesinos, como observamos en Godella, facilita la asunción de este proceso, que la orden deja en manos de los nuevos enfitéutas.

Aunque los siglos XVI, XVII y XVIII serán los de mayor ritmo de aprovechamiento de estas instalaciones, Montesa llevó a cabo una primaria política económica para poner en marcha la actividad extractiva que, a su vez, le permitía adaptarse a las nuevas condiciones del sistema feudal que el contexto bajomedieval propiciaba.

5. CONCLUSIONES

Los tres casos estudiados ilustran ciertas líneas comunes en el campo de las conexiones sectoriales (agricultura/manufactura) pero también de la relación con el medio natural y la explotación de sus recursos, e incluso con el reposicionamiento de las comunidades rurales, y de las familias campesinas, frente a la pluriactividad que estimulaba las nuevas demandas.

Tal vez el primer punto que va a marcar esas incipientes políticas económicas de esfera local es precisamente la gestión de los recursos naturales. Cuando nos ubicamos en pequeños señoríos, sin prácticamente territorio, y éste de alto valor estratégico (como las huertas periurbanas), la opción por actividades que generen gran impacto medioambiental exige un cálculo y una decisión eficiente por parte de la autoridad feudal para equilibrar intereses agrarios y manufactureros.

Los ejemplos de Manises, Lliria o Montcada, junto a muchos otros (Paterna, Mislata, Godella, Rocafort, etc.) nos permiten observar y analizar las respuestas de los diferentes agentes económicos (artesanos-campesinos, clase feudal, mercaderes y otros grupos urbanos) ante la articulación de los mercados interiores, de ámbito comarcal, y los cambios que va experimentando la demanda de bienes y servicios con mayor capacidad de consumo, tanto en áreas rurales como urbanas. Se trata, en definitiva, de calcular y sopesar qué resortes se ponen en juego cuando esos agentes deben configurar y mantener el aumento de la oferta de nuevos productos y materias primas.

La investigación ha podido demostrar cómo el trabajo menestral originó una alternativa fiable y rentable en este momento de cambio y transformación desde la segunda mitad del siglo XIV y de toda la centuria siguiente. Pero este crecimiento de las prácticas artesanales en pequeñas villas y comunidades fue posible gracias,

en parte, a la voluntad de la autoridad feudal que aceptó la elección como medida y resorte frente a unas rentas de la tierra que no eran ya el único recurso de mantenimiento. De ese modo, independientemente del tipo de titularidad (real, religiosa o laica) el sector secundario fue uno de los argumentos implementados en señoríos y entornos rurales o periurbanos, a través de distintas formas de producción asociadas a la citada pluriactividad. El correlato que materializaba esta opción por la manufactura no era sino una inicial política económica a nivel local, pero que determinaba ritmos de trabajo, mano de obra, formas de explotación del medio natural, sistemas de producción, tipos de empresa y capitalización.

BIBLIOGRAFÍA

- ALGARRA PARDO, Víctor y BERROCAL RUIZ, Paloma (1993). “Manises bajomedieval: configuración urbanística de una villa de señorío”, en Azuar, Rafael y otros, eds., *Urbanismo medieval del País Valenciano*, Madrid, Polifemo, pp. 245-272.
- BOIS, Guy (2001). *La gran depresión medieval: siglos XIV-XV. El precedente de una crisis sistémica*, Valencia, Publicacions Universitat de València.
- BORDES GARCÍA, Josep y LLIBRER ESCRIG, Antoni (2007). “Valencia y su territorio durante los siglos XIV y XV: la comarca del Camp de Túria”, en Arízaga, Beatriz y Solórzano, Jesús, eds., *La ciudad medieval y su influencia territorial. Encuentros Internacionales del medievo*, Nájera, pp. 239-253.
- CAVANILLES PALOP, Antoni Josep (1795). *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reino de Valencia*, Imprenta Real de Madrid (edición facsímil, 1996, Valencia, Bancaja).
- COLL CONESA, Jaume (1998). “La ceràmica valenciana dels segles XIII al XIX. Tècniques i processos de la producció. Visió diacrònica de conjunt”, en Padilla, Josep y Vila, Josep coords., *Ceràmica Medieval i Postmedieval. Circuits productius i seqüències culturals*, Barcelona, pp. 165-176.
- (2009). *La cerámica valenciana, apuntes para una síntesis*, Valencia, Asociación Valenciana de Cerámica.
- COLL CONESA, Jaume y otros (2013). “Excavaciones en el Barri d’Obradors de Manises. Resultados de la campaña 2011”, en *XVI Congreso de la Asociación de Ceramología*, Alicante, Asociación de Ceramología, pp. 123-143.
- GARCÍA MARSILLA, Juan Vicente e IZQUIERDO ARANDA, Teresa (2013). *El mercado de materiales de construcción y la ordenación del territorio en la Valencia bajomedieval*, Valencia, Generalitat.

- GUINOT RODRÍGUEZ, Enric (1992). “Senyoriu i reialenc al País Valencià a les darreries de l'època medieval”, en *Lluís de Santàngel i el seu temps*, Valencia, Ajuntament de València, pp. 185-202.
- LLIBRER ESCRIG, Antoni (1996). *Godella, una comunidad rural en la Baja Edad Media*, Valencia, Ajuntament de Godella.
- (2003). *El finestrал gòtic. L'església i el poble de Llúria als segles medievals*, Valencia, Ajuntament de Llúria.
 - (2011). “Diversificación económica y función mercantil: Llúria entre el mundo medieval y el moderno”, en *Llúria, historia, geografía y arte; nuestro pasado y presente*, Valencia, Universitat de València, vol. I, pp. 139-152.
 - (2014). “Relaciones protoindustriales en la producción cerámica. Manises y Paterna en la segunda mitad del siglo XV”, *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 24, pp. 213-239.
 - (2018). “Obradors, Palaus i Forns. Infraestructura, costes y praxis manufacturera en la cerámica: Paterna (1403-1405)”, en Igual, David y Navarro, Germán, coords., *El País valenciano en la baja Edad Media. Estudios dedicados al profesor Paulino Iradiel*, Valencia, Publicacions Universitat de València, pp. 233-256.
 - (2025). “Las familias de las Órdenes Militares”, *Historia Digital*, 25-45, pp. 49-73.
- LÓPEZ ELUM, Pedro (1984). *Los orígenes de la cerámica de Paterna y Manises (1285-1335)*, Valencia, Federico Doménec.
- (1996). “La producción cerámica valenciana después de la conquista cristiana (siglos XIII-XIV)”, en *Actas del IV Congrés d'Història i Filologia de la Plana*, Nules, pp. 19-33.
- MESQUIDA GARCÍA, Mercedes (1995). “Un pueblo alfarero medieval: Paterna (Valencia), estudio etno-arqueológico y documental”, en *I^{as} Jornadas de Cêramica Medieval e Pós-medieval*, Porto, 1995, pp. 229-245.
- MESQUIDA GARCÍA, Mercedes y otros (2001). *Las Ollerías de Paterna. Tecnología y producción. Siglos XII y XIII*, Valencia, Ajuntament de Paterna.
- OSMA, Guillermo Joaquín de (1909): *Los maestros alfareros de Manises, Paterna y Valencia. Contratos y ordenanzas de los siglos XIV, XV y XVI*, Madrid (edición facsímil de 1996).

VERNA, Catherine (2013): “Pour une approche biographique de l’entreprise rurale au Moyen Âge”, en VINOVEZ, Jean-Michel y otros, dirs., *Les industries rurales dans l’Europe médiévale et moderne*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, pp. 77-88.

ISBN 979-13-87705-93-0



9 791387 705930



UNIÓN EUROPEA



Vicerrectorado de
Política Científica
Universidad Zaragoza



Instituto
de Patrimonio
y Humanidades
**Universidad
Zaragoza**



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza